REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | San José de Costa Rica, Lunes 7 de Agosto de 1922 | No. 20

Urgencias Centroamericanas: ARISTOCRACIA

Por SALOMON DE LA SELVA

El salvaje es sencillamente un ser que todavía no tiene civilización. La puede llegar a tener. Se puede civilizar. El bárbaro, en cambio, la tiene. La tiene, pero sólo para estropearla, para atropellarla, para hacer de ella cosa barata, sin virtud, sin belleza.

Cuando éramos salvajes, Centro América fué tierra de promesa hermosa. Lo horroroso es esto: ¡que nos vamos haciendo bárbaros!

Lo que nos ha llegado de civilización no nos ha acarreado provecho alguno. Al contrario: lo hemos desvirtuado. Y ello nos ha hecho infelices. El espíritu vengativo de las cosas es implacable. La civilización, ultrajada y deshonrada por nosotros, nos hace cada vez más tristes, más enfermos, más débiles.

Cuando nuestras escuelas eran pocas, y contados hombres nuestros sabían leer, teníamos en Centro América quien supiera latín, quien supiera griego, quien leyera a Platón, a Cicerón, a Virgilio, quien anotara sus Evangelios, quien se deleitase con los ejercicios intelectuales de San Agustín. En medio de nuestra falta de cultura había sabios. Ni Erasmo ni Tomás Moro eran desconocidos. Mi abuelo paterno hablaba de ellos; y a la vez seguía, más de cerca de lo que se pudiera pensar, la moderna labor de Eugenio María de Hostos.

Ahora, con más escuelas, con menos analfabetismo, con todos los libros (los libros que nos faltan, nos faltan porque no los queremos tener), se lee al sucio Vargas Vila, se lee al sucio Blasco Ibáñez, se lee al sucio Felipe Trigo, se lee y festeja al sucio Zamacois. Los griegos y los latinos son nombres sólo. Y ya no hay sabios. ¿A qué contemporáneo podríamos poner al lado de Cecilio del Valle o de Larreinaga?

Cuando nuestros indios no habían sido bautizados todos, surgían en Centro América catedrales de piedra. Hoy, con una extensión total de catolicismo, con facilidades para construir infinitamente superiores a las de hace tres siglos, somos incapaces de edificar. Ni siquiera un templo de hojalata hemos podido concluir.

Cuando no habían pianos, se cantaba en nuestras iglesias la mejor música del mundo: misas de Palestrina, motetes de Vitoria. Hoy, con un piano en cada casa, todo es fox-trot africano, zarzuela barata y sicalíptica, harapos de ópera en marimba. En nuestras iglesias sencillamente no hay música.

Rubén Darío, antes de que lo echáramos de Centro América,—de Nicaragua, de El Salvador, de Costa Rica,—con todo y el salvajismo aquél nuestro, que hizo del divino poeta un borracho consuetudinario desde su infancia, ya había adquirido sin embargo la base de su maravillosa cultura: ya había leído, y aprovechado la lectura, a los clásicos castellanos, sobre quienes, y no sobre los decadentistas franceses como creen los ignorantes, hizo sabiamente a fuerza de estudio, de propósitos bien definidos y de un sin fin de experimentos, la reconstrucción del idioma en verso y prosa.

Y no sólo Darío tenía esa preparación. Pocos eran los «intelectuales» de entonces, pero esa cultura era de todos esos pocos. Hoy, de los intelectuales nuestros que llenan incontables páginas de revistas patrias y periódicos locales, y que unos a otros se llaman genios, pontífices del verso, arzobispos de la rima y Dios sabe cuántas sinrazones más, ¿quién conoce a Berceo, al Arcipreste, a Garcilaso, a los Luises, al lírico limosnero de la Catedral de Córdoba, al incomparable Quevedo, al adorable Valdivieso, a Fray Alonso de Bonilla?

Ni construimos, ni leemos, ni cantamos, ni hacemos música bien. ¿No creen ustedes, como yo, que se nos ha entrado la barbarie?

Esa es nuestra enfermedad. La ha producido la mentira. La falsedad. La abominable creencia que el estudio no es necesario, que basta con el talento. Y la idea más abominable todavía de que no hay necesidad de otra aristocracia que la hecha por cualquier «vivo» director de un diario, a base de adulación, de abolengos inventados, de adjetivos ditirámbicos.

La cura está en una aristocracia de verdad. No en una aristocracia que goza, que se divierte, que explota al pobre o al débil, que se declara inmune; sino en una aristocracia que lucha, que se emplea, que suda, que tiene responsabilidad, valor, honor, lealtad imaginación. Una aristocracia medioeval. Un Rey Arturo con sus caballeros de la Tabla Redonda.

Una aristocracia que no fabrique guaro. Porque fabricar guaro es cosa que deshonra.

Lanciloto no puede mentir, porque la mentira es villanía y él es caballero. Galahad se quita el bocado de la boca para dárselo a un mendigo, porque él es noble, es decir, fuerte, y puede ayunar y aun pelear con el estómago vacío. Tristán, viendo que barones fuertes, de quienes evidentemente será la victoria, tienen sitiado a un rey justo y se preparan a repartirse el botín riquísimo, se pone, sin embargo, gratuitamente, de parte de la justicia, porque es deber de nobleza ayudar al justo en toda parte, en toda ocasión. Iléin, la doncella-azucena de Astolat, limpia de moho las armas de los caballeros, porque una doncella noble no debe estar ociosa nunca. Isolda la reina, Isolda de la cabellera de oro, manda en las cocinas del Rey Marcos, en la rica Cornualla, y atiende a que toda la servidumbre coma bien; después, ella se sienta, muy honrada, muy noble, a su mesa cubierta de samita. Isolda la de las manos blancas, hija del Duque Lucas, teje, ella y sus doncellas, damas nobles, todas las telas que se usan en el famoso ducado de Lioné, desde el cendal de su velo de novia hasta la camisa del porquerizo de la montaña.

Los griegos también tenían ese bello ideal de nobleza, y los antiguos judíos. Nausicaa, princesa, va al río a lavar; y sin embargo es semejante a las inmortales: Ulises la cree Diosa. La mujer valiente, de valer más que los rubíes; la mujer perfecta que canta en los proverbios, la madre del Rey Lemuel, es la mujer útil, hacendosa, que se levanta cuando todavía es noche, an-

tes que el sol, y cuida de su casa y de sus siervos hasta el último como de su esposo.

Nuestra aristocracia, la única que ahora tenemos, es fabricante de guaro, mentirosa, cobarde, injusta, débil, desleal, explotadora de los pobres, ociosa, bebedora, golosa, dormilona, villana.

Dragones hay, yo os lo juro; y gigantes malévolos. ¿Sabéis por qué no luchamos contra ellos? ¿Por qué no nos armamos y tomamos caballo y vamos contra ellos, caballeros ansiosos de hacer más noble nuestros pintados escudos? Porque no tenemos imaginación y sí tenemos miedo. Porque no tenemos nobleza. Porque nuestra aristocracia es falsa. Porque no somos aristócratas de veras, sino villanos que nos hemos apropiado de los títulos de nuestros amos en su ausencia.

Hemos aprendido a leer, pero como ese es don de los nobles, y nosotros no lo somos, la lectura es baja y vil; a nosotros ningún bien nos trae, y sí males. La espada de Durandán hería al villano que la tocaba. Poseemos medios para edificar, pero como ese es don de los nobles y nosotros no lo somos, las casas de calicanto de nuestros bisabuelos nobles se ríen de nuestros palacios de bajareque y zinc. Cuando un barón burlón envió a Cámelot un villano suyo de embajador residente en la luminosa corte, el rey le dió malaquita para las paredes de su palacio, y oro para su techo, y cedro traído de lejos para sus vigas y horcones; pero la casa se vino abajo y aplastó al impostor.

Nosotros también somos impostores. El vivir en las casas espirituales y materiales que hemos hecho es un suicidio; porque seremos aplastados si antes no vienen nuestros amos y nos echan de ellas y las destruyen ellos. Porque nuestros amos vendrán. La tierra es de los nobles por voluntad y gracia de Dios. Contra esa verdad no hay apelación. Ni el bolchevismo nos predica cosa diferente. Sólo nos ha dicho,—y es muy cierto,—que la nobleza rusa es el pueblo ruso y no la familia y los favoritos del zar. Nuestros amos vendrán. Vendrán a Centro América a poseer Centro América y a mandarnos y a hacer ésta una tierra feliz bajo el régimen del honor, de la servicialidad, de la verdad, del valor, de la lealtad, de la honradez, de la imaginación.

Pero ¿nos vendrán de fuera o surgirán de entre nosotros?

Error ha sido creer en nobleza hereditaria. Cada caballero tiene él mismo que ganarse sus espuelas, y no una vez por todas sino todos los días. Nuestros bisabuelos fueron nobles: ¿lo seremos nosotros? ¿lo serán nuestros hijos?

Decidámoslo y decidámoslo ya. No se trata de pensar el problema sino de resolverlo. ¿De quién ha de ser Centro América? La respuesta la damos, consciente o inconscientemente, a cada paso, con cada gusto que nos formamos, con cada trapo que nos ponemos, con cada bondad o maldad que hacemos, con cada pensamiento que pensamos, con cada libro que leemos, hasta con cada saludo que otorgamos.

(*La Montaña*. San Salvador).

Para problemas viejos, hombres jóvenes

Por JOSE GABRIEL

Treinta años se han pasado Chile y Perú sin entenderse en su disputa por la posesión de un trozo de tierra. Por no entenderse directamente, tuvieron que aceptar la intervención de un tercero conciliador. Pero he aquí que tampoco este tercero equidistante logra avenirlos. ¿Qué hay, pues, en el fondo de esa discordia que resulte un obstáculo imposible de salvar?

Las razones se vienen a la mano según las simpatías que por uno u otro de los litigantes se sustenten. La codicia chilena es la que impide llegar a un acuerdo—dicen los amigos del Perú; —y los amigos de Chile:—si no se arriba a una solución, es por la intransigencia peruana.—No desconozco que alguno de los dos factores ha de influir en la prolongación del pleito. Por mi parte y sin considerarme especialmente amigo ni enemigo de ninguna de las dos naciones, creo que Chile, en efecto, retarda la solución apetecida por atender a la avaricia que le ha despertado el descubrimiento de una inopinada fuente de riqueza, antes que al cumplimiento de los deberes contraídos. Hasta me parece lógico que muchos puedan pensar que son unas malditas salitreras aparecidas inoportunamente, las que tienen la culpa de que el tratado de Ancón no se haya cumplido a su tiempo. Pero todo esto, como la argumentación desfavorable para el Perú, por lógico que sea es superficial. Tal vez fuera razón suficiente hace treinta años, cuando debió realizarse en Tacna y Arica el plebiscito estatuido y no se realizó. Hoy, no; hoy, la causa verdadera de que el desacuerdo perdure, es otra.

El hombre—decía Napoleón—realiza las grandes cosas antes de los treinta años. Es—añadía—la edad de la imaginación. En esto, como en casi todo, el pensamiento del emperador era profundo. Hasta los treinta años, el hombre no se siente atado nunca a la vida; tiene ante sus ojos abiertos todos los caminos, tendidos todos los horizontes, visible siempre el azul del firmamento, su corazón rebosa todavía y es accesible a cualquier toque. Por eso, mientras no ha traspuesto esa edad, libre de trabas materiales, dueño de una perspectiva sin fin y con el corazón pronto a registrar todas las palpitaciones de la sangre, puede llevar a término las más vastas empresas, como puede alcanzar los más rotundos fracasos.

Al pasar de los treinta—al doblar el recodo de la vida, decía Ortega y Gasset,—el hombre empieza a secarse. No hallo verbo que exprese mejor esta mudanza vital: el hombre empieza a secarse; sus ideas se restringen y se aclaran, su pensamiento se orienta, su voluntad se hace más tenaz y concreta; puede desde entonces formular ideologías precisas y sistemáticas, puede dar cuerpo a una doctrina discreta, puede coronar olímpicamente una construcción filosófica; pero su corazón, embargado por las adquisiciones hechas, deja de ser un receptáculo de vida, y el hombre no se conmueve ya ante las incitaciones de fuera, sino que va marchando por sí solo, cada vez más impasible a todo lo que no sea su propia y serena resolución, como un reloj bien provisto de cuerda. Hasta entonces vivió de la sorpresa, de la novedad, de la aventura; en adelante, vive de la experiencia y del cálculo.

Repito que quizá después de pasada la edad de la imaginación y de la afluencia cordial, el hombre es más apto para aclarar problemas ideológicos; pero hay veces en que la solución de un problema no depende de una

aclaración, sino de una invención, como es el caso de todos los problemas viejos que, reducidos a los términos de la razón pura, han caído en el círculo vicioso que implica todo razonamiento, y sólo por simpatía arbitraria se pueden resolver; y los hombres viejos o que van envejeciendo, son incapaces ya de este movimiento simpático, ajeno a toda razón.

Ahora bien: tanto Chile como Perú ponen hombres viejos para tratar un viejo problema, y esta es la causa única de que el problema no encuentre solución ni lleve camino de encontrarla. Esos hombres van a discutir con ideas hechas, con intención reposada, con actitud intelectual, y no pueden, no podrán nunca convencerse mutuamente, porque el problema se ha intelectualizado y demanda un ímpetu milagroso, una invención súbita que lo substraiga de la excesiva claridad a que lo han llevado las razones. Esta es la causa verdadera de que la desavenencia perdure: la intervención de hombres que han traspuesto la edad de la imaginación, la edad de las grandes cosas.

¿Por qué comúnmente sucede que los problemas de esta naturaleza, entregados a la consideración de hombres viejos concluyen en un conflicto armado entre dos pueblos? Por eso, porque el problema ha caído en las garras de la intelectualidad, y de ella no lo saca sino un recurso arbitrario. Entre hombres cordiales, la arbitrariedad necesaria habría sido un movimiento de simpatía, una corazonada, para decirlo en término expresivo; pero entre hombres secos, es una fría decisión de guerra.

Para resolver la vieja cuestión y resolverla simpáticamente, no cabe, pues, sino que la tomen por su cuenta los hombres que todavía tienen el corazón abierto. Un joven peruano puede ir a Chile y asombrarse ante las tierras fértiles y llenarse de gozo ante las playas inmensas y enamorarse de una linda chilena y vibrar todo en un intenso anhelo de cordialidad y dejar de lado la razón calculadora y disolvente, como es siempre la razón, y, en fin, conceder y aceptar por simpatía lo que la inteligencia no ha podido consentir. Análogamente, un joven chileno puede ir al Perú y sentirse inspirado para el acuerdo ahora imposible, con la sola mirada de los ojos negros de una limeña. Sí, son los jóvenes los que pueden sentir el ímpetu milagroso, porque para ellos la vida todavía es aventura y plenitud. Los otros, los viejos, los que ahora discuten por Perú y por Chile, tienen cuatro pobres ideas en la cabeza y no se apartarán de ellas jamás.

Claro que sería un contrasentido pedir que los gobiernos chileno y peruano nombrasen representantes jóvenes. Quien ha nombrado a los viejos de ahora, es viejo también y no puede esperarse de él la corazonada de recurrir a los jóvenes. Si fuese capaz de esto, sería capaz también de resolver el problema por sí mismo. Pero Federación de Estudiantes hay en Chile y Federación Estudiantil hay en el Perú, y a ellas me dirijo o a cualquier otra agrupación de juventud que no necesite esperar a que nadie le otorgue poderes legales.

(*Nueva Era*. Buenos Aires).

Un gran crimen de América

POR ALEJANDRO RIVAS VAZQUEZ

JUAN Vicente Gómez, el carnicero venezolano, — doblemente carnicero—por ser este su oficio antes de que su amo, Cipriano Castro, lo pusiese en el camino de la Dictadura, y porque desde hace catorce años ha convertido al pueblo de Venezuela en rebaño que destaza por métodos de pavorosa crueldad—acaba de reelegirse Presidente de la República para un nuevo septenio.

Es una gran vergüenza y un gran dolor venezolanos. Yo lo reconozco. Y tan enormes que, para quienes amamos el decoro nacional tanto como el propio, o más todavía, sentimos a la vista de semejante espectáculo el más profundo desconcierto.

En los comienzos de mi carrera de proscrito,—y pronto cumpliré dos y medio lustros en mi angustioso recorrido—yo exhibía, como altísimo blasón, mi título de revolucionario venezolano, y denunciaba al mundo las fechorías y crímenes, innumerables y de todo orden, monstruosos y abominables, con que Gómez y su horda de sicarios han venido, desde entonces, sacrificando a mi desventurada patria. Y esta denuncia vigorosa, múltiple y vibrante, era hecha por mí y mis nobles y bizarros compañeros de ostracismo, con el ansia de encontrar en el extranjero, para la Causa de la redención venezolana, ecos de simpatía verdadera y, quizás, propósitos de auxilio efectivo, en los corazones generosos, en las mentes idealistas, en las voluntades varoniles y esforzadas.

Pero desde hace algún tiempo, cuando el horror de la situación de Venezuela llegó a convertirse en un axioma para la conciencia universal, y la actuación oposicionista a esa situación, por sus desaciertos, por su fracaso, y hasta por su plétora de lamentaciones, pudo engendrar la sospecha de un fraude al patriotismo, al honor y al valor, colectivo y personal, todo aquel entusiasmo, mezclado de orgullo y de altivez republicanos, con que yo solía exponer en la tribuna, en el diarismo y en el libro, mis acendradas convicciones revolucionarias, se ha trocado en un supremo anhelo de silencio, de meditación y de acción reivindicadora.

Así lo dije, cuando llegué a México por primera vez en junio del año retropróximo, a los hombres que en este país, con altruismo que empeñará por siempre la gratitud venezolana, se habían erigido en ardorosos campeones de la Causa de la libertad de mi pueblo. Pensé entonces, y pienso ahora, que una campaña, más o menos lírica, de protestas airadas contra los crímenes del déspota,—de lesa Civilización, de lesa Humanidad y de lesa Patria,—antes que bien a nuestra Causa le haría mal. Le haría mal, porque ya no es posible hacer más propicio el ambiente moral a través del mundo entero para la idea y acción de sacudimiento de la tiranía por las masas populares venezolanas, y no es posible, porque hasta en las tribus que moran en el centro del Africa existe la convicción de que Juan Vicente Gómez es el más terrible de los azotes que en su vida política ha sufrido la humanidad, que derribarlo es obra no sólo de justicia, sino de misericordia, y que si por algo se ha distinguido últimamente el pueblo venezolano, es por su tardanza en infligir a sus verdugos el merecido castigo. Le haría mal esa propaganda a nuestra Causa, porque tiende a exhibirla como desprovista de hombres de pensamiento y acción eficaces, de aptitud consciente de la gloriosa y magnífica labor que deben realizar en la tierra en que nacieron, con mentalidad superior a la de un estéril, más o menos conmovedor Jeremías, y suficiente para forjar el plan necesario, y con virilidad también suficiente a ejecutar ese plan frente al clamor de la Patria que agoniza y el brillo de ensangrentadas bayonetas que vacilan en manos del cobarde victimario. ¿Hasta cuándo, se preguntará el mundo, entre piadoso y enfadado, estos venezolanos vivirán quejándose amargamente del tirano que padecen y no lo deponen, como hace todo pueblo celoso de su libertad y de su honra? ¿Ya no habrá hombres en la tierra de Bolívar? Cuando no se es cínico, el propio deshonor sólo se muestra para lavarlo con sangre. Y no haría, finalmente, a nuestra Causa ningún bien esa propaganda, porque

ni ella ha de determinar el sacrificio de ninguna voluntad generosa para dotar de elementos de combate a las masas populares que permanecen inertes, porque están inermes; ni con discursos, artículos y panfletos producidos a más de mil millas de distancia del territorio en que se enseñorea la Bestia, se convencerá a ésta de que debe abandonar su presa. Se necesitan razones de más peso, de mayor solidez, explosivas, envueltas en nubes de pólvora, de concreción mortífera, que diezmen la banda malhechora y pongan en el espíritu de sus Jefes la convicción del pánico.

La verdad es una: Venezuela no ha derribado el despotismo por falta de elementos de guerra para armarse. Tenemos la fortuna, que por ahora se ha convertido en desventaja, de estar enclavados en la orilla del Atlántico, opuesta a la de ese gran arsenal que se llama Estados Unidos. Y el progreso en la guerra se ha hecho un aliado del tirano Gómez. Con cuatro pesetas no se fabrica, ni se compra, ni se trasporta armamento moderno. Y diez mil hombres armados de lanza, machete y carabina, serían hoy la víctima segura e infecunda de una simple compañía armada de rifles, cañones y ametralladoras, y bien provista de parque.

No ha faltado en las filas revolucionarias ni ideal, ni patriotismo, ni resolución. Es cierto que no están en ellas todos los que son patriotas, ni son patriotas todos los que están, como sucede en todas las causas, en todos los tiempos, y entre todos los pueblos. Pero abundan los elementos superiores de la nacionalidad y muchos de ellos se han probado en actos admirables de suficiencia, de constancia y de heroísmo. Es también cierto que jamás se ha logrado la adhesión o el acuerdo unánime de todos los que fungen como líderes de la opinión en un país que hace muchos años no ha podido ejercer la prerrogativa de revisar sus valores, para un plan o programa determinado; pero, como siempre he sostenido, la acción es en esta materia, como en muchas otras, el unificador por excelencia, así como la disputa teórica, el disociador forzoso; y nunca hemos estado en aptitud material para acometer la acción formal y seria.

No conozco un solo millonario entre los hombres públicos venezolanos que hacen política de oposición a la tiranía de Gómez. Salvo dos o tres que disponen de algunos recursos para vivir como burgueses, con mayor o menor tranquilidad y confort, y que dotados con la excepcional abnegación de un Bolívar, dispondrían, agotando esos recursos, de medios para aventurar la batida al despotismo, los demás somos simples obreros que vivimos día a día, minuto a minuto, en duelo perenne con la miseria para que no hinque sus garras en el hogar que hemos formado. Y con las clases, no diremos adineradas, porque en Venezuela no hay millonarios, sino, simplemente acomodadas, que no se mezclan en la política porque diz que odian sus pestilencias y temen sus contaminaciones, pero, en realidad, porque sólo saben adorar el becerro de oro y lo mismo están hoy de hinojos ante Gómez omnipotente que las deja vivir y, en veces, las regala con migajas del festín, que lo estarán mañana ante la democracia libertada y ennoblecida, no hay que contar para una empresa de tan arduos empeños en un país y en una época en que la sola simpatía estática se paga con la libertad, con la fortuna y con la vida, a mayor abundamiento la dinámica que surta de fondos la Caja de la Revolución.

Pero si la tiranía de Gómez no es un dolor de América, por lo menos de nuestra América Latina, como lo es del corazón venezolano, es, sin duda, una vergüenza americana, particularmente de nuestra raza indoespañola.

Y es una vergüenza latinoamericana, no tanto porque la ferocidad de Gómez haya hecho palidecer muchas figuras sombrías en los anales de la demencia y la criminalidad políticas, y sea este monstruo un producto no deseable de la raza, sino porque los demás pueblos de la América Latina están contemplando con impasibilidad pasmosa, con indiferencia que es complicidad, el inmenso crimen de Gómez que asesina lenta, cruel, horriblemente a Venezuela. Se nos habla de fraternidad racial. Mentira. Ni siquiera la hay humana. Todos saben que con palabras de simpatía no romperemos un solo eslabón de la cadena, y sólo palabras se nos ofrecen y otorgan. Pedimos la acción que nos proporcione el medio para oponer la fuerza libertadora a la violencia dictatorial, acción que dé el medio o que determine a darlo a la voluntad en aptitud para ello, y entonces se nos mira compasivamente, como a locos inofensivos que especulan con los cráteres de las montañas de la Luna o con los canales de Marte.

Si encontramos a un hombre que tiene a otro amarrado a un poste y le está asestando puñaladas, entendemos que nuestro deber es impedir que el asesinato se consume, contener la mano criminal, rescatar la víctima. Si ésta es nuestro hermano, el deber es más imperioso todavía. Si no podemos evitar el daño, perseguiremos al delincuente hasta que caiga bajo la sanción de la justicia inexorable. Si el feroz delincuente ha sido nuestro amigo, dejará de serlo; nunca más estrecharemos sus manos asesinas. Pero detenernos impasibles a contemplar el crimen, imposible; estimular al asesino con nuestra amistad y nuestro aprecio, mucho menos. Ello equivaldría a asociarnos a su obra reprochable. Pues esto y no aquello es lo que está haciendo la América Latina con Juan Vicente Gómez, asesino, no de un hombre, sino de muchos hombres, de todo un pueblo. Los personeros autorizados y legales de nuestros pueblos, o sean sus respectivos Gobiernos, estrechan la mano del déspota, se descubren respetuosos ante él, beben a su salud, lo condecoran o reciben sus condecoraciones, festejan sus embajadores y, en estos momentos, le estarán enviando sus felicitaciones por la posibilidad de proseguir siete años más su infame labor de apuñalear el corazón venezolano.

(*El Universal*. México, D. F.)

Cartas dantescas (1)

II

Mi lejana compañera, bueno es el dominio de Amor puesto que aleja al enamorado de todas las cosas viles, dice el altísimo poeta en el párrafo décimo tercero de su deliciosa VITA NUOVA; inmediatamente surge, en su mente, otra idea que le hace decir que no es bueno el dominio de Amor puesto que cuanto más fiel es el enamorado, tanto más difícil se le hace el vivir, porque más graves y más dolorosos obstáculos debe vencer. Amor tiene un nombre tan dulce al oído que imposible le parece que su influencia sea tan amarga para quien sigue la senda por donde han ido los muchos que en el mundo quisieron sufrir. Esas ideas, que hablan todas de Amor, en lucha aparente las unas con las otras, las reune con sabiduría, el divino poeta Florentino, en aquel soneto que nosotras dos, en ese rincón lejano, recitábamos a menudo, saturadas de la inefable armonía de la lengua itálica; aquel soneto delicado que se inicia con la frase:

«*Todos mis sentimientos hablan de Amor*».

(1) Véase el número anterior del REPERTORIO.

y que concluye casi invocando a su enemiga, la Dama Piedad, para que le ayude a ponerse de acuerdo con tan divergentes ideas que Amor despierta en su cerebro poderoso.

Encontrarse cerca del objeto único de las más íntimas ansias, provoca, en el corazón sinceramente apasionado, un extraño y milagroso temblor que indicio es de que Amor se apodera del amante para contemplar, con más detenimiento, a la mujer admirable, electa entre las electas. Ese milagroso temblor, ese sentirse fuera de sí mismo estando dentro de sí mismo, es a lo que Dante hace referencia en el soneto siguiente en el cual usa algunas frases oscuras como aquella en la que afirma que, cuando de la preferida se siente cercano, Amor hiere en sus anhelos miedosos, anulando los unos, desterrando los otros, para quedarse El solo contemplando las perfecciones de la más perfecta de las mujeres. Esta frase la señala el poeta diciendo que es imposible el comprenderla para quien no se encuentra, como él, en semejante grado de fidelidad amorosa, siendo de fácil explicación para el amante realmente enamorado.

Y entonces, ¿para qué tanto anhelo de contemplar al ser adorado? Entonces, ¿por qué tanto deseo de verlo si cuando se alcanza esa íntima felicidad, se pierden la quietud del cuerpo y la serenidad del espíritu? Preguntas eternas que se levantan ante cada nueva sincera pasión, que surgen enigmáticas como si vinieran a desafiar las lógicas deducciones de los cerebros mejor preparados. Cuando el Amor de nosotros hace su dominio, pareciera que la vida nos abandonara, que dentro de nuestro ser no viviera sino un único espíritu que solamente razonara de nuestras ansias apasionadas.

Cuando el Amor así actúa, imposible es defenderlo de la curiosidad de los demás, entre los cuales los unos ríen, los otros murmuran, comentan éstos, con calor; observan aquéllos, con frialdad. Y si unos y otros nos preguntan cuál es la beatitud a la que aspiramos sinceramente, fuerza es contestarles que esa santa beatitud reside, sólo, en las palabras dulces que loan al ser amado. Y esa misión que se imponen voluntariamente nuestros corazones, es tan ardua empresa que difícil pareciera comenzarla: así el Poeta Divino permaneció muchos días con el deseo de decir y con el temor de empezar a decir.

Tanta belleza y tanta verdad, tanto sentimiento y tanto pensamiento, es imposible encontrar en otra obra inmortal. ¿No lo crees así, tú también, amable amiga mía?

Con afecto te saluda,

FIORENZA DELL'ARNO

En Venecia, al borde de la laguna divina.

(Envío de la autora).

Cartas al Centro Intelectual Editor de Costa Rica

MEXICO Y CENTRO AMERICA

Escasú, 26 de junio de 1922.

Señor don Marco A. Zumbado,
Presidente del Centro Intelectual Editor de Costa Rica.
San José.

Estimado amigo:

Por conversaciones particulares le he enterado a Ud. del programa que deseo desenvolver en el REPERTORIO AMERICANO acerca de las cuestiones hispano-americanas que se agitan, en la actualidad, para bien de nuestra Raza, en México. Interesado, como estoy, por dirigir mi palabra en esta ocasión a la juventud más sana y más preparada del país, en lo moral como en lo intelectual, comunico a Ud. mi resolución de entrar en ese desarrollo enviando al Centro Intelectual Editor de Costa Rica que Ud. representa con tanta dignidad y acierto, esta correspondencia pública, con objeto de que sea comentada de la misma manera que acostumbra hacerlo el Centro con los problemas de interés nacional.

Comenzaré por decirle el plan que habrá de servirme en el trabajo que me propongo. Pretendo que lo más conveniente es seguir el camino natural que tomé para conquistar este estado de ánimo que me impulsa ahora a las cuestiones sociales, tratando de relatar cómo llegué y cómo encontré las cosas en México, en lo que se refiere a tales cuestiones. Así lo natural suplirá a lo ordenado y académico, sin negar las excelencias del orden y de la costumbre erudita.

Con mi «*Mensaje a las juventudes de nuestra América*», publicado antes de mi viaje al Norte, ya había entendido yo que los pensadores de la época deben dedicar su atención a las preocupaciones sociales del momento, lejos de todo empeño metafísico, *sin desdeñar la metafísica, la cual podría seguirse cultivando al margen de estas preocupaciones*. Pero todavía no había llegado al sentido de la dinamicidad que conquistara más tarde en tierras mexicanas. Sin embargo, el antecedente se determinó con la mencionada publicación.

Llegué a México y fuí en busca de las personas cuyos nombres ya conocía por sus prestigios continentales. No dí paso en falso. Porque la gran ciudad está poblada de un enorme número de intelectuales del resto de la América, que a la par de una mentalidad poderosa, alienta todos los vicios imaginables y todos los cinismos imaginables. Y ví a muchos centroamericanos amorales, y a los más inmorales, sin más preocupación que el *sable*, sin más amor que el egoísmo insípido de las multitudes, sin más apego a la verdadera vida que la explotación vergonzosa del momento presente. Y no dí paso en falso, repito, llegando al núcleo de los privilegiados que en contraposición a todo vicio y ruindad alzan, heroicamente, la bandera de su altruismo ilustrado y decidido en extremo. Conocí a Pedro Henríquez Ureña, a Salomón de la Selva, a Manuel F. Cestero y a algunos otros, entre los extranjeros de privilegio moral e intelectual que menciono; y entre los mexicanos, a José Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri, Diego Rivera, Daniel Cosío Villegas, José Gorostiza, Carlos Pellicer, Roberto Montenegro y otros muchos, no pocos de ellos entre los jóvenes universitarios de porvenir. Los conocí y me entregué reflexiva y orgullosamente a sus grandes deseos de cultura trascendental y de actividad trascendental.

A los pocos días me llevaron a la

Escuela de Obreros que ellos tenían organizada y en donde dan sus lecciones con un desinterés propio de los grandes propósitos. Y recordé cómo en Costa Rica había visto explotar para asuntos políticos al obrero costarricense. (Hay que recordar, a la vez, que las elecciones para diputados se verifican cada dos años en mi país). Después me dí cuenta de la intervención que ellos tienen en las dificultades que surgen entre el trabajador y el capitalista, por medio de esa escuela y el profesorado; de las comisiones que por cuenta propia van a diversos lugares del país con objeto de hacer entrar en arreglos a los jefes de minas y de fábricas, con los obreros, de un modo proporcional a las necesidades y derechos de estos últimos. En esa escuela conocí a Ciro Méndez, joven acomodado y de alta posición social, cuyas inquietudes en la Dirección de la Escuela, son las de ayudar, a veces de parte de su propio peculio, al obrero menesteroso o al intelectual desvalido.

Poco tiempo después me llevó el eminente Henríquez Ureña a una curiosa reunión integrada por Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, el generoso espíritu de Salomón de la Selva, Ciro Méndez, Palma Guillén y otras personas tan estimables como las mencionadas. Todos sentados en el piso, absolutamente despojado de muebles, los cuales eran sustituidos por libros y periódicos. Allí se trataba de los centroamericanos, se trataba de reunirlos por cuenta del grupo, excluyendo a todo grosero elemento que no estuviese de acuerdo en pensar en el porvenir de la Raza, conservándose a sí propio dentro de una moralidad intachable. Y allí se hablaba de quiénes deberían ser incluidos. No se quería que llegasen elementos descastados, veletas propicias al girar de todos los vientos; ni se quería a pretenciosos descoyuntados de toda graciosa y firme flexibilidad de espíritu. Allí era necesario que llegasen *centroamericanos* de verdad, deseosos de una cultura verdaderamente dinámica, verdaderamente moderna.

Por otro lado, el incomparable Vasconcelos proponíase en esos días infinitas cosas. Hacía dar al aire libre, en el Bosque de Chapultepec, tragedia griega; continuaba la publicación de los clásicos universales a la vez que trabajaba por la reconstrucción de los viejos monumentos coloniales e indígenas; daba a la enseñanza de la pintura un color nacional, un color vigorosamente mexicano, atrayéndose a los artistas de más valía; hacía poner atento el oído a la percepción de los cantos criollos; encendía como un látigo de bronce incandescente su verbo contra las tiranías nacionales e internacionales, de tiranuelos y detestables países metalizados y envilecidos por la diplomacia sin antesala del oro. Hacía crecer para México las simpatías de cuantos hispano-americanos aptos llegaban atraídos por el bullicio de la gran Metrópoli; y, como si estuviese en un medio griego, este hombre admirable, tenía para todo un movimiento genial de águila mexicana. Sinceridad, profunda sinceridad; desinterés, exquisito desinterés por los asuntos de porvenir de la patria y de la Raza.

Tantas cosas encontré en la hermana República, que he de esperar otra oportunidad de enumeración. Temo ocupar demasiado espacio en el REPERTORIO. Sí, estimado amigo, continuaré en carta próxima esta crónica y este comentario a vista rápida, para analizar después los actos y reducirlos a capítulos de programa.

Al presente acépteme como su devoto amigo y S. S.

M. VINCENZI

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

LA ESTIMACION EXTRANJERA

[Nuestro don Cleto, nuestro gran don CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ, que es como el padre bueno de todos, al entregarnos esta cuartilla, trascrita afectuosa y generosamente de su puño y letra, nos dijo:—Una de cal y otra de arena].

LETTRES HISPANO-AMERICAINES.

....

JOAQUÍN GARCÍA MONJE, qui occupe depius un certain temps une place signalée dans notre littérature, s'est montré conteur trés perspicace et trés artiste dans un petit livre: *La mala sombra y otros sucesos*, qu'el a publié derniérement. Jusqu'ici cet écrivain s'etait distingué surtout comme un lettré actif et bien inspiré, consacré a la lutte pour la culture littéraire dans son pays. Il a en l' excellent idée de répandre en diverses séries de cahiérs périodiques: *Coleccion Ariel*, *El Convivio* etc., les meilleurs morceaux des écrivains d'hier et d'aujourd'hui, nationaux ou étrangers. Et la preuve de l'excellence de cette idée, cést qu'elle a été suivie en d'autres de nos Républiques. Je me suis bien souvent occupé ici de ces publications choisies et vivantes. Il publie en outre, un hebdomadaire: REPERTORIO AMERICANO, du plus grand intérêt. Pénétré de l'esprit traditionnel de notre peuple, autant que maître de ses moyens d'expression, García Monje trace dans son petit livre une série de croquis de la vie de Costa Rica en ce qu'elle a de plus caracteristique, avec une intensité de coloris et une pureté de lignes, qui les rendent d'une saveur et d'une beauté singuliéres. Le langage des personnages rustiques, sans aller jusqu' a l'expression anti-artistique de la traduction phonétique, est d'une spontaneité et d'une couleur belles qu'il nous donne l'impression d'écouter ces simples enfants de la nature. Je me permettrai donc de suggérer a García Monje de se dévouer moins et de produire davantage, avec la certitude qu'il servira mieux ainsi notre culture.

....

FRANCISCO CONTRERAS

(Tomado del *Mercure de France*, París, 15 de junio de 1922).

El Dr. Michaud ve confirmarse una hipótesis científica suya

POR C. PICADO T.

[Este artículo será una sorpresa para el Dr. Michaud. Hemos querido dársela a él y al país. Hemos visto, ya deteriorado, el original en francés de la interesante carta. El descubrimiento del Doctor es tanto más meritorio cuanto que hace cuatro años no se conocían aún las propiedades terapéuticas del bismuto en la sífilis. Si aquí realmente la ciencia fuera una preocupación civilizada, estaríamos atentos a lo que dicen y hacen hombres del calibre intelectual del Dr. Michaud. Pero no, los afanes del dinero y los de la política nos tienen tan atareados, que apenas si nos damos cuenta de que entre nosotros viven hombres de virtudes y de luces. Y en la ciencia como preocupación civilizada hay honor y hasta los rendimientos monetarios que tanto nos desvelan. Habiéndonos adelantado cuatro años, el descubrimiento francés, lo habría sido de Costa Rica, algo muy bueno, y los beneficios de los medicamentos patentados y eficaces habrían sido para el médico costarricense, o corporación, que hubiera tomado en serio el descubrimiento del Doctor Pero así vamos!]

EL 30 de diciembre de 1918 recibía del Dr. Michaud la carta siguiente:

«Le envío un frasco de vanadato de amonio con el siguiente fin:

En la clasificación natural de Mendéleeff se encuentran dos cuerpos próximos parientes del arsénico, el vanadio y el niobio. Esta parentela es poco conocida aún por los químicos, pues los dos cuerpos son raros, poco conocidos e incompletamente estudiados. Creo que es aún menos conocida por los médicos. Uno de estos cuerpos, el niobio, ocupa por sus propiedades una posición intermedia entre el arsénico y el antimonio. El otro, el vanadio, está entre el arsénico y el fósforo. Puesto que el arsénico se ha vuelto, en estos últimos años sobre todo, tan interesante como agente terapéutico, me parece que se debería someter el vanadio y el niobio a numerosos ensayos en los casos en que el arsénico es eficaz y también en los otros. No tengo en mi laboratorio ningún compuesto del niobio; el cuerpo es muy raro. Pero he leído que el vanadato de sodio había sido empleado con éxito contra la tuberculosis.

¿No piensa Ud. que valdría la pena ensayarlo contra la fiebre intermitente? Esta enfermedad es probablemente rara en los países donde ya se han hecho ensayos. Me parece que también deberían ensayarse sus efectos sobre la lepra, enfermedad prácticamente desconocida en Europa; y también sobre el cáncer, puesto que no hay nada que esperar de los remedios conocidos. He pensado que tal vez Ud. encontraría en el hospital un médico dispuesto a hacer estos ensayos. Si Ud. cree como yo, y Ud. encuentra el médico, recomiéndele comenzar con prudencia por muy pequeñas dosis, pues si se ha empleado el vanadato de sodio en dosis de un milígramo en 24 horas, nada sé del vanadato de amonio. De cualquier manera, no es sino buscando pacientemente como se llegará a encontrar agentes que, como el arsénico y el mercurio, sean más venenosos para ciertos microbios que para las células de nuestro organismo.

(f) GUSTAVO MICHAUD

P. S. Tal vez sería bueno explicar al médico que la *probabilidad* de éxito es *muy débil*, pero que su *posibilidad* legitima ampliamente el trabajo.

Yo cumplí con la recomendación del Dr. Michaud y mostré la carta a cuantos médicos tuve ocasión de abordar al respecto; unos nada dijeron, otros me prometieron hacer el ensayo pero nunca lo llevaron a cabo. Guardé entonces la carta del Doctor en mi cartera, para mostrarla cada vez que la ocasión se ofrecía, en la esperanza de que alguien pusiera en práctica las experiencias planteadas por el Dr. Michaud. Nadie lo quiso hacer.

La carta parecía condenada a morir en mi cartera, mas he aquí que hoy le tocó la hora de salir, no ya tímidamente como lo hizo en los cuatro años que pasó sepultada en mis bolsillos, sino victoriosamente. Veamos por qué:

Acabo de leer en los Comptes Rendus de la Societé de Biologie de París, de 24 de junio de este año, una nota de Fournier-Levaditi y Schwartz sobre: «*el vanadio en la sífilis experimental del conejo y en la sífilis humana*».

La nota comienza así:

«Tres cuerpos pertenecientes a una misma serie de la clasificación periódica de Mendeleeff, el arsénico, el antimonio y el bismuto, están dotados de un poder enérgico contra la espirilosis, espiroquetosis y tripanosomiasis. Estos cuerpos que ofrecen entre ellos grandes analogías químicas, se encuentran, pues, aproximados por su acción terapéutica. Debería preguntarse si los tres cuerpos que forman el sub-grupo de la familia, el vanadio,

el niobio y el tántalo, no gozan, también ellos, a un grado cualquiera, de un poder análogo sobre los mismos microorganismos, y por lo tanto, de una acción curativa en las afecciones que estos microorganismos determinan».

Esta hipótesis, como se vé, es la misma formulada por el Dr. Michaud cuatro años ha. Ellos sí, a diferencia de nosotros, establecieron las experiencias. El tratamiento de 30 sifilíticos por el vanadio dió los resultados siguientes: «Desaparición de los treponemas después de la primera o segunda inyección; cicatrización, a veces muy rápida, de los chancros y sifilides erosivas de la piel y mucosas; atenuación muy marcada de las adenopatías, frecuentemente desde la primera inyección. Los efectos no han sido menos favorables en tres enfermos que presentaban lesiones terciarias».

Para el Doctor Michaud queda el honor de haber expuesto la teoría antes que nadie. Le queda el placer de ver su idea pasar victoriosa por el camino que le trazaron los sabios de París, de reputación mundial. A nosotros, costarricenses, también nos queda algo... nos queda el dolor de haber desperdiciado una de las tan raras ocasiones que se ofrecen en la vida de hacer algo bueno de verdad. Pero ahora ¿qué se podría ya hacer? —Una cosa muy sencilla: volver a leer la carta del Dr. Michaud y experimentar cuanto antes lo que él indica y no esperarnos, como en el caso presente, a que otros lo hagan mientras nosotros nos morimos de inercia.

(Envío del autor).

Observaciones sobre la educación en México

[Son, estas observaciones, parte de las respuestas dadas por el Secretario de Educación Pública de México, José Vasconcelos, al interrogatorio del señor Tannenbaum. Frank Tannenbaum es un joven y notable escritor norteamericano perteciente a los grupos más avanzados en tendencias filosóficas y sociales en los Estados Unidos].

2.—La revolución ha traído un cambio, por lo que hace al criterio de la enseñanza. El cambio puede reducirse a la expresión siguiente: la dictadura trataba de formar grupos selectos, aristocracias mentales que se convertían en parásitos de la sociedad, aunque le daban un falso brillo de supuesta cultura. Sin embargo, y a pesar de estos grupos selectos, México era un país de tipo asiático, constituído por una minoría favorecida, dueña de las riquezas, del poder y de la cultura, y una inmensa mayoría desprovista de derechos, desprovista de bienes de fortuna y desprovista de ilustración. Las miras del sistema de educación revolucionaria son precisamente opuestas a este sistema. Tratamos, ahora, de educar a las multitudes, seguros de que un verdadero grupo selecto no puede producirse sino dentro de un ambiente en que la cultura esté difundida en todas las capas sociales. De suerte que, para formar grupos selectos, es necesario que existan mayorías ilustradas que los comprendan y los apoyen, pues no se concibe el genio desenraizado de su medio. Sin embargo, esto pretendían hacer las escuelas porfiristas: genios europizados que comenzaban por desconocer y por desdeñar a la masa humilde de sus conciudadanos.

3 y 4.—Durante el período revolucionario se elaboró un nuevo espíritu, como ya se ha indicado, pero se descuidó por completo el problema inmediato de la enseñanza. Especialmente bajo la administración de Carranza, que era un hombre ignorante y enemigo de la cultura, las escuelas se redujeron en gran número, mientras los cuarteles se multiplicaban sin límite. El Ministerio de Educación Pública fué suprimido y el número de analfabetos creció de una manera desproporcionada. Las actividades del actual gobierno comenzadas hace dos años, tuvieron que empezar por reconstruir lo destruido por Carranza y esto nos ha costado la mitad de nuestros esfuerzos. Puede afirmarse que se necesitó un año de labor para volvernos a colocar en las condiciones en que estaba México en tiempo de Madero, que fué la época en que mayor auge había tomado la educación pública, y sólo en el segundo año de trabajo hemos podido emprender tareas que amplían los esfuerzos del gobierno, en una medida mayor que la que se había acostumbrado antes. La ampliación consiste en que la nueva Secretaría de Estado tiene autoridad no sólo en el Distrito Federal, sino en toda la República. Para dar una idea de la extensión de sus trabajos actuales, bastará informar que la Secretaría de Educación gastaba en tiempo del General Díaz ocho millones de pesos y que después de esto la época en que se gastó más fué la del señor Madero, en la que se gastaban doce millones. En la actualidad tiene un presupuesto de más de cincuenta millones de pesos, de los que se están gastando en proporción de cuarenta y cinco al año. Este presupuesto no incluye las cantidades que los Estados y los Municipios siguen dedicando, lo mismo que antes, a las escuelas que sostienen con sus propios fondos. De suerte que, sumando los antiguos presupuestos de los Estados y los Municipios, que en algunos casos han sido también aumentados, con el actual presupuesto federal, se puede considerar que el gobierno gasta en educación, en toda la República, alrededor de sesenta millones de pesos de gasto efectivo.

5.—Los libros de texto procuramos hacerlos nosotros para evitar la especulación de los libreros, y aquellos que todavía no editamos, se señalan por el dictamen de una junta de profesores que cada año se nombra al efecto.

6 y 7.—El cambio general que se ha operado en los sistemas de educación consiste en dar menos importancia que antes a las materias literarias y desarrollar la enseñanza industrial y técnica. Esto se procura hacer desde la escuela primaria, tanto en los pueblos como en las ciudades. En los pueblos se trata de dar enseñanza de nociones agrícolas y de pequeños oficios, y en las ciudades se prepara al niño, desde las escuelas primarias, por medio de trabajos manuales, para la enseñanza técnica de las escuelas secundarias.

8 y 9.—No creo en los programas especiales para educar a los indios, porque, contrariamente a ciertas teorías científicas que considero completamente equivocadas, creo en la teoría cristiana de la igualdad de todos los hombres, y la única especialidad de nuestro sistema para educar a los indios, consiste en dedicar los primeros meses a la enseñanza del castellano, cuando se trata de indios que no lo saben; pero, una vez que el indio conoce el castellano, lo tratamos lo mismo que al resto de la población, y nuestras observaciones demuestran que este sistema no está equivocado, pues no hay ninguna diferencia entre el indio educado y el blanco.

11.—Contamos con profesores para la enseñanza rural, y, aunque no tienen toda la preparación necesaria,

esto se remediará por medio de las escuelas para maestros rurales que estamos fundando en todo el país.

(Envío de P. H. U. México, D. F.)

Añade el Editor del REPERTORIO:

El domingo 9 de julio pasado, se inauguró en la ciudad de México el edificio que ocupará la Secretaría de Educación.

Así terminó el señor Secretario Vasconcelos el Informe que entonces leyó:

La casa material está concluída, pero el edificio moral se perfila apenas, y sus lineamientos están ya contenidos en los rasgos de la estructura de esta casa, cuya distribución corresponde al plan educativo que ha comenzado a regirnos. Cada uno de los tres departamentos esenciales en que se subdivide este Ministerio ocupa su sitio adecuado. En el ala derecha está el Departamento Escolar, desde donde van a dirigirse casi todas las escuelas del país. El Departamento de Bibliotecas cuenta con sus oficinas y su almacén, y en los bajos dispone de local para una biblioteca moderna de más de diez mil volúmenes, todos realmente útiles y de sistema eficaz, no como el de nuestras antiguas instituciones, donde sólo la polilla tiene acceso a la letra impresa. Una sala anexa se dedicará especialmente a biblioteca infantil, de tipo norteamericano, con colecciones de estampas fotográficas y mapas, para la instrucción y el recreo de los niños.

Estarán estos salones abiertos de tarde y de noche, para todos los que sufren sed del espíritu, y contendrán además colecciones de duplicados para hacer préstamos a los que gusten de tener por compañero el libro en la soledad, y todo este servicio será el modelo para las bibliotecas semejantes, que ya se han ido fundando en todo nuestro territorio. Por su parte, el Departamento de Bellas Artes dispondrá de las oficinas necesarias y de una sala de música y un gimnasio con baños, para el servicio de los empleados del Ministerio, tanto para hombres como para mujeres, pues es menester que todas las personas que trabajen en esta Secretaría de Estado se sientan educadores y eduquen con el ejemplo, ajustando sus cuerpos a ejercicios y aseo, y forjando sus almas con noble conducta y alto pensar.

Al hablar de conducta, he dicho noble, y no precisamente austera, sino generosa y libre, porque no son las disciplinas severas la norma de los tiempos nuevos, sino la acción dichosa y audaz. Gloria en la tierra, mientras se acerca el tránsito. Ya es tiempo, mexicanos.

En cuatro siglos de encogimiento y de mutismo, la raza se ha hecho triste de tanto refrenarse y de tanto cavilar, y ahora se suelta a las empresas locas de la acción, que es dolor o contento, victoria o yerro, pero siempre gloria. Hay un ritmo de danza en el tiempo, como si la era del baile se estuviese anunciando. La humanidad pugna por ser libre, tan libre y feliz como lo es el alma, sin las trabas que la vida social impone, porque no sabe acomodarse a la ley jubilosa del corazón. En estos instantes solemnes en que la Nación Mexicana, en medio de su pobreza, dedica un palacio a las labores de la educación del pueblo, hagamos votos por la prosperidad de un Ministerio, que ya está consagrado por el esfuerzo creador, y que tiene el deber de convertirse en fuente que mana, en polo que irradia. Y, finalmente, que la luz de estos claros muros sea como la aurora de un nuevo México, de un México espléndido.

El Licenciado Caso, Rector de la Universidad Nacional, añadió:

Este palacio se abre—dijo el orador—en los momentos en que México restaura su sangre, después de los largos años de turbulencia política, y reivindica el lugar glorioso que le corresponde en la obra de redención del progreso humano.

Expresó que México, sin exclusivismos, llama a todos los hombres de buena voluntad a colaborar en la obra de educación nacional. Y concluyó con esta frase:

«Elevad, pues, los corazones en este instante, en que hombres de todos los rumbos de la República vienen a sumar sus esfuerzos, para que, juntos, trabajemos en la obra de la consecución de nuestros altos destinos».

(Excelsior. México, D. F.)

La fibra íntima

(A Tinita, mi buena).

I

Mi vida en este momento
no acepta aquella expresión
que afirma que todo tiempo
ya pasado fué mejor.
Para mí vale el presente
lo que no valió el ayer,
y al presente sólo vence
la fe en lo que habrá de ser...

II

Tengo un guarda de mi vida
que ilumina mi existencia;
hay un ideal que vigila
los actos de mi conciencia.
Y si me pongo a pensar
en cómo adquirí esa gloria
años de felicidad
desfilan por mi memoria.

III

Primero fué un sueño azul,
que de sueño a realidad
pasó; generoso azul
como de cielo y de mar.
Porque de cielo y de mar
tiene el símbolo en que aliento:
la estrella empezó a brillar
sobre el mar en movimiento,
y transformó la inconstancia,
el pueril capricho amorfo
de la onda, que romanza
fué en la ribera de un golfo.
Que por medio de la playa
que poco a poco se eleva
a eternizarse en montaña,
la voz del mar va a la estrella!

IV

En una segunda escena
de la memoria, se agita
el largo, fecundo poema
de ilusión, que resucita.
Ese constante soñar
lo que se quiere vivir;
y es necesario esperar,
y el esperar es sufrir...

V

Pero luego, qué sereno
ese día definitivo
que precede a todo eterno
cambio vital que sufrimos!
Ni congojas, ni ansiedades,
ni vacilación...La prora
va segura hacia el amable
refugio; la brisa sopla.

VI

Y desde entonce un aliento
afectuoso nos exalta:
el ruiseñor, descubierto
el nido, se llega y canta.

VII

¡Oh emociones del hogar
que entreabre, tierno, sus alas,
para que el dulce soñar
nos diga: «¡No te engañaba!...»
¡Cual hoy recuerdo las horas
en que juntos nos juramos
con la dicha más gloriosa
la gracia de ser hermanos!
Y al evocar la memoria
esos instantes, parece
que la flor de nuestra historia
como estrella resplandece...

VIII

Oh primera dulce tarde...
El sol de enero, cobarde
ante la noche invasora,
mentía reflejos de aurora
y a las montañas vecinas
daba su sangre divina.
Pero, del tren, preferimos,
por soñadora—dijimos—
la visión del hondo valle
que bordeado de un encaje
de neblina, se veía
casi a los pies de la vía.
Y nos miramos callados,
—las palabras olvidamos
por recordar las ideas—
al ver que en las chimeneas
de las casas campesinas
el humo en vagas espiras
acentuaba nuestro anhelo
que también sube hasta el cielo...

IX

...Todo lo que tuvo fuerza,
por su beldad o pureza,
de impresionar la visión,
se queda en el corazón.
Por eso son los paisajes
que vimos en los salvajes
días de la niñez, aquellos
que más amamos por bellos,
porque entonces nuestros ojos
libres de los fastidiosos
problemas de edad madura
tenían la visión más pura...
Y por eso nos llegaron
al corazón y lograron
perpetuarse, las escenas
que vinieron de primeras
a entrar en nuestra amistad.
...(¿Recuerdas? Fraternidad
de buenas gentes amigas;
casa de lujo; a la antigua
la vecindad del villorio,
que con temor irrisorio
se santigua ante el relato
de brujas, duendes y espantos).

X

(...Jardín bello el de la casa;
praderas donde las vacas
viven su idilio; los sauces
con mesurados compases
responden al son del viento;
sólo un color hay violento:
el del cielo azul, tan puro
como no se ha visto alguno;
y con el sol tan brillante
como nunca lo fué antes.
Que para ver todo así
faltaba tenerte a ti...)

XI

Oh radiosos días de campo
en luna de miel... Mañanas
pasadas cual por encanto
leyendo a Goethe, o pasadas
en amorosos delirios
por los caminos campestres
buscando frutas o lirios,
pretextos para quererse...
Subir a las altas cumbres
a descubrir nuevos valles;
ver, amar; que alumbren
nuestra vida otros mirajes.
Y de tarde, que una seda
verde y oro parecía,
ir por aquella vereda
donde los pájaros pían.
La misma senda adornada
de flores *santalucía*
donde viste, emocionada,
que un colibrí te seguía.
Aquella de donde amamos
el colosal Irazú
que tenía todo rosado
su enorme triángulo azul,
porque la tarde, coqueta,
al despedirse, burlaba
del volcán la austera mueca
y con rosas le adornaba.
Hasta que por fin la luna,
la luna llena de enero
colgaba su tibia espuma
sobre valle, pueblo, otero.
Y al subrayar el encanto
de la visión transformada
la dicha, ya vuelta canto
deja en libertad el alma.

XII

Y cuando fué el tiempo bueno
un gesto ennoblecedor
guió nuestro paso sereno
a la era de labor.
Para que en la vida humilde
que nuestra dicha reclama
apacible siempre brille
del amor la dulce llama.
Y es tan sonriente la vida
de este humilde y grato hogar
que el alma pura se amplía
y dice: Vivir, Amar!
Porque el bien se multiplica
bajo el ala de las horas
cuando reina la alegría
para ahuyentar las congojas.

XIII

Compañera dulce, quiero
que estas frases de cariño
que te ofrezco en desaliño,
vayan a ornar tu sombrero.
No son, no, flores tan bellas
como las que tú mereces:
acéptame, sí, estas trece,
y sueña que son estrellas!...

Salvador Umaña

Junio de 1922

(*Envío del autor*. Heredia, Costa Rica.

LIBROS Y REVISTAS

RECIBIDOS:

De la Secretaría de Educación, México:

ESQUILO: *Tragedias*. EURÍPIDES: *Tragedias*. PLATÓN: *Diálogos* (2 tomos). HOMERO: *La Odisea*, *La Iliada* (2 tomos). DANTE: *La Divina Comedia*.

A propósito de estas notables ediciones, dice nuestro amigo E. Díez Canedo, en el Nº del 3 de junio próximo pasado de *España*, lo siguiente:

LITERATURA OFICIAL

ALABEMOS, siquiera por una vez, a la literatura oficial. Literatura oficial, en términos generales, quiere decir prosa oficinesca, papel sellado y balduque, *Gaceta de Madrid*, o publicación análoga en cada lengua, declaraciones ministeriales, libros de texto: una serie de horrores. Ahora no. Tenemos delante ocho tomos, alguno de los cuales pasa de las 500 páginas y todos de las 300. Bajo un escudo que campea sobre la tela verde del lomo, cada libro ostenta un rótulo igual: *Universidad Nacional de México*.

Antes de ahora se ha hablado en esta *Vida literaria* de la Universidad de México y del hombre excepcional que entonces la gobernaba como Rector y hoy es jefe supremo suyo, como Ministro o Secretario del Departamento de Educación Pública. Como Rector firma aún don José Vasconcelos la nota preliminar del volumen I, a que después hemos de referirnos.

Digamos antes cómo son y qué contienen todos estos tomos, impresos por iniciativa de aquel centro oficial mexicano. Y tengámoslo bien presente cada vez que en los periódicos nos salten a la vista esas informaciones alarmantes de que tan pródigas se muestran las agencias telegráficas.

Sabido es que en México se ha verificado, se está verificando, un movimiento revolucionario, merecedor, en verdad, de ese nombre, por los nuevos conceptos políticos y sociales que asienta. No hemos de examinarlos aquí y bastará a nuestro propósito indicar que esa revolución, hecha por un Gobierno de significación muy avanzada, marca el término de la anarquía y no supone el triunfo de la arbitrariedad.

El nuevo orden de cosas da a la educación pública una importancia decisiva. El presupuesto nacional la dota con una amplitud de que no podemos tener idea, acostumbrados como estamos aquí a la mezquindad como norma para todo lo que no sea la milicia, esto es, dotación de jefes y oficiales con o sin recompensas.

Del vasto plan de instrucción pública forman parte estas publicaciones de la Universidad de México, realizadas en menos de un año. Son, como ya se ha dicho, volúmenes de muy nutrida lectura, impresos en tipos claros, ornados sobriamente con dibujos a línea y encuadernados en tela. Su aspecto es atractivo, por la atinada combinación de elementos y el abandono de toda pretensión de rebuscada elegancia.

Estos ocho primeros tomos contienen la *Iliada* y la *Odisea*, las tragedias de Esquilo y algunas de Eurípides, los *Diálogos* de Platón y la *Divina Comedia*. He aquí las obras que patrocina, en México, un Gobierno revolucionario: su literatura oficial. Estas obras y las que han de seguir, con las cuales se propone «hacer llegar el libro excelso a las manos más humildes y lograr de esta manera la regeneración espiritual, que debe preceder a toda obra de regeneración». Así lo dice el ministro Vasconcelos en los preliminares del primer tomo. Para ello, las ediciones de la Universidad «en su mayor parte, se repartirán gratuitamente entre las bibliotecas y escuelas que el Gobierno está abriendo por toda la República». Los ejemplares puestos a la venta se dan a un precio ínfimo.

«Después de enseñar a leer, damos lo que debe leerse», añade. El sentido clásico que se marca a la educación, correspondiente al que hoy domina en el mundo civilizado, es evidente. Sabemos que ahora se traduce a Plotino, que, con lo principal de los clásicos griegos y con resúmenes de la moral budista «que es como una anunciación de la moral cristiana» y el texto de los Evangelios «que representan el más grande prodigio de la historia y la suprema ley entre todas las que norman el espíritu», entrará pronto en la serie. Y agrega el ministro Vasconcelos: «Se publicarán también algunos dramas de Shakespeare, por condescendencia con la opinión corriente (permítasenos llamar la atención sobre esta personalísima reserva), y varios de Lope, el dulce, el inspirado, el magnífico poeta de la lengua castellana, con algo de Calderón y el Quijote de Cervantes, libro sublime donde se revela el temperamento de nuestra estirpe».

Pero no sólo la literatura clásica entra en el plan, que admite, junto a ella, «libros modernos y renovadores como el *Fausto* y los dramas de Ibsen y Bernard Shaw; libros redentores como los de Galdós, los de Tolstoi y los de Rolland y parte de la obra del excelso Tagore». Y no sólo literatura pura, sino también Historia, Geografía, «libros sobre la cuestión social que ayuden a los oprimidos y que serán señalados por una comisión técnica, junto con libros sobre artes o industrias, de aplicación práctica». Por último, «como no se desea construir un índice exclusivo, la Universidad ha pedido al público que designe entre las grandes obras de la humanidad, otras diez para que entren a las prensas de la Editorial y pasen

después a germinar conceptos y a inspirar nobles acciones en el ánimo de todos los habitantes de la República».

Seguros estamos de que muchos, cuando esto lean, lo encontrarán cándidamente idealista: esta es la actitud con que se justifica una absoluta despreocupación por el espíritu. Otros que ya empezaban a interesarse por ese papel dado a los clásicos, torcerán el gesto ante Ibsen, harán un ademán de extrañeza ante Bernard Shaw y montarán en cólera ante Galdós, Tolstoy y Rolland. Está, sin embargo, claro el propósito iniciador: se toman los clásicos no por «clásicos», sino porque en ellos está vivo eternamente lo fundamental del hombre en cuanto hombre, sobre diferencias de tiempos y de razas. Así Homero y Platón, Lope y Cervantes. Y se ponen junto a ellos los escritores actuales, muertos o vivos, que más han contribuido a la revelación del alma universal, aunque no estén libres de preocupaciones transitorias, que a todos hoy nos atañen.

Para llevar a cabo su propósito lo más breve y eficazmente posible, la Universidad de México ha acudido a las traducciones más autorizadas, retocándolas, en caso de necesidad, y ha puesto por todo comentario a los libros, nunca agobiados por esas notas con que suelen dársenos, algunas páginas ya consagradas (por ejemplo las de Andrew Lang sobre Homero, las de Francesco Sanctis sobre el Dante, las de Zeller sobre Platón), eligiendo los pasajes más alejados de la mera erudición, los más amplia y profundamente interpretativos del sentido universal de esas grandes obras.

Esto explica también la necesidad de la nueva serie y la imposibilidad de de sustituirla por un acopio de volúmenes corrientes en el mercado de lengua española. Algunas veces esos libros no existen; por ejemplo Platón. (La versión que hace tantos años prepara con tanto esmero el señor Mazorriaga tiene hasta ahora un inconveniente, gravísimo para el caso: el de estar inédita). Otras veces el recargo de anotación erudita les da un aspecto imponente, de libros herméticos que nadie puede entender si no se entra por los vericuetos que el anotador le señala; y, si no hay un gran estímulo, el ánimo se arredra. Hacen falta ediciones claras, que hablen por sí solas. Y otras, por último, o no tienen valor en cuanto a los textos, o son de un precio excesivamente alto, puestas en México.

En los tomos de la Universidad Nacional de México todos tenemos algo que aprender. Casi tanto como tendrían que aprender países de antigua tradición universitaria en el tenaz empeño de difusión cultural que con ellos asume una sola de sus manifestaciones.

ENVÍO:

A «Los Amigos de Lope de Vega», en Madrid.

«Los amigos de Lope de Vega» son amigos de Lope, pero más amigos aún del espíritu. ¿No creen oportuno, ya que unas palabras cálidas y sinceras del señor Vasconcelos, honran nominativamente al poeta de sus devociones, dar a la Universidad mexicana un sencillo testimonio de cordialidad? Unas palabras limpias de codicioso interés que lleven a la Nueva España un saludo de la España vieja.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica